

—Paes bien; Diego de Velazquez es el esposo que he elegido para tu hija. Noble, rico, con la aureola de la gloria y dotado de un carácter bondadoso, amable, hará la felicidad de Petronila,

—¿Y él será gustoso á contraer este enlace?

—No tengo la menor duda; á mí me debe principalmente la brillante posicion que ocupa, porque por mi influencia fué nombrado gobernador de aquellos países, y se alegrará muchísimo manifestarme su agradecimiento, accediendo á dar su mano á tu hija.

—¡Oh! Con nada del mundo podrá pagarte Petronila el interés que manifiestas en su favor.

—No hablemos ahora de eso. Llama á tu hija, participale el objeto que aquí me ha traído y si, como no dudo, acoge benévolamente nuestra proposicion, daremos los pasos oportunos para la boda, y dispondremos lo necesario para que Petronila se embarque en Sevilla con direcion á las Indias.

Petronila fingió gran entusiasmo por el enlace que la proponian, y adivinando una intriga en contra de Hernan Cortés, se propuso manifestar lo que ocurría á Francisco de Montejo.



Capítulo XXXII.

En el que se nombra un tribunal para juzgar al obispo Fonseca y á Diego de Velazquez, y su resultado, con otras cosas interesantes.

Apenas enteró Montejo por su amada de los propósitos de su tío el obispo, se puso en camino con direccion á Sevilla.

Quería conocer todas las maquinaciones de los enemigos de Cortés, y el medio más seguro de realizarlo era procurarse un empleo en la casa de contratacion que en dicha ciudad habia establecido el obispo, y en la que desempeñaba el empleo de contador Juan Lopez de Recalde.

Valiéndose de un disfraz, y por medio de la recomendacion de un canónigo, pudo conseguir formar parte de las oficinas de Recalde.

Allí supo que tenia orden de Fonseca de no dejar pasar á la Nueva España hombres, armas, hierro,

provisiones ni vestidos, y no quedándole ya duda de que los enemigos procuraban su ruina, pretextando que su salud se habia desmejorado por el cambio de clima, abandonó la ciudad y se dirigió á Medellín para noticiar al padre de Cortés lo que pasaba y acordar los medios de sobreponerse á las maquinaciones de Fonseca.

—Acabo de descubrir, —dijo Montejo á don Martin Cortés, —la horrible trama que se fragua contra vuestro hijo. No contento el obispo de Fonseca y sus parciales con ocultar al rey nuestro señor los despachos que envia participando el resultado de su conquista, inventan otros, en lo que, desprestigiando al ilustre caudillo, tratan de atribuir á Diego de Velazquez la gloria conquistada por aquel.

—¡Oh! esto no puede continuar así, —exclamó el padre de Cortés. —Yo iré á la corte á ver al monarca, y le haré saber lo que ocurre.

—Desgraciadamente, el emperador Carlos V no se hallaba en España. Además, seria inútil vuestro viaje, porque no lograríais verle: Fonseca cuenta como auxiliares suyos á todos los palaciegos, y vuestros esfuerzos serán estériles.

—Pues bien; sino puedo ver al monarca, acudiré al papa. Me constan las virtudes de ese santo varón y sé que no consentirá que por más tiempo la calumnia y la infamia se ceban en mi querido hijo.

—Considerad que el buen deseo os engaña. Vuestros años, vuestros padecimientos, hacen imposible que emprendais ese viaje.

—Yo confío en la Providencia, y creo que tendré fuerzas bastantes para llevar á cabo mi empresa.

—Mucho me alegraré de que halleis la acogida que merece la causa que defendeis.

—Tengo mucha esperanza en que ha de ser el vicario de Cristo la voz de la razon y de la justicia.

—Asi sea.

El anciano, partió, acompañado de su primo el licenciado Francisco Nuñez.

No queria dar crédito el papa Adriano á las quejas que formuló don Martin Cortés respecto al obispo Fonseca, y para proceder con arreglo á justicia, puso en conocimiento del emperador lo que habia oido de labios del anciano.

El emperador Carlos V nombró un tribunal para que fallase, en vista de las razones que opusieran los acusadores de Fonseca y los que á toda costa querian presentar como verdadero héroe de la conquista á Diego de Velazquez.

El tribunal le formaban Mercurino Gatinarra, gran canciller; monsieur de Lasao y el doctor de la Rocha; Fernando de Vega, señor de Grajales, comendador mayor de Castilla: el doctor Lorenzo Galindo de Carvajal, y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla.

Celebraron varias conferencias en casa de Alonso de Argüello, donde residía el gran caciller, y acordaron comenzar las indagatorias.

Oyeron á don Martin Cortés, Francisco de Montejo y otros procuradores de Cortés, y á Manuel de

Rojas y Gabriel de Enriquez, que representaban á Velazquez.

Con la mayor imparcialidad, en vista de los datos que adquirieron, sentenciaron á favor de Cortés, alabando sus servicios y hazañas, y aprobando su fidelidad.

Condenaron á perpétuo silencio á Diego de Velazquez.

Le destituyeron por mandato del rey del gobierno de Cuba; y el monarca español, para indemnizar á Cortés de los disgustos que le habian ocasionado las intrigas de sus enemigos, le nombró adelantado, repartidor y gobernador de la Nueva España.

Estas órdenes estaban firmadas en Valladolid en el año de 1533, y refrendadas por el secretario Francisco de los Cobos.

El emperador le mandaba tambien una carta autógrafa, agradeciéndole los trabajos que habia pasado en aquella conquista y el servicio que habia prestado á la religion cristiana, derribando los monstruosos idolos que adoraban los indios.

Le ofrecia grandes mercedes, y con las palabras más afectuosas le animaba á continuar su grandiosa empresa.

Asegurábale que podia pedir cuanto necesitase, y que segun le habia indicado en sus despachos, le enviaba las armas, utensilios y otras cosas necesarias para fortalecer, cultivar y engrandecer aquella tierra.

Los portadores de los pliegos fueron Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz.

En el mes de Mayo del siguiente año llegaron á Santiago de Barucoa, de Cuba, y con público pregon notificaron la sentencia y voluntad del monarca á don Diego de Velazquez.

Este, cuyo carácter ambicioso hemos tenido ocasion de conocer en el trascurso de esta historia, no pudo resistir á aquella ignominiosa derrota, y sucumbió víctima de su excesivo amor propio.

—¡Ah!—exclamó cuando recibió la orden de volver á España.—No siento verme privado del mando, tener que renunciar á la gloria que me prometia de la conquista de estas regiones.

Lo que lacera mi alma, lo que me hace aborrecer la vida, es que Hernan Cortés triunfe de mí. Pero á Dios gracias, tengo mucho dinero, y andando el tiempo yo lograré desprestigiar á ese aventurero, á ese rebelde.

Hoy por hoy, la suerte le es propicia: mañana tal vez se canse de favorecerle, y entonces le haré pagar muy cara la derrota que experimento.

Aunque queria desechar de su imaginacion la humillacion que sufría, no podia ménos de acordarse continuamente de ella.

Toda la noche la pasó en medio de un agitado insomnio, y al amanecer le devoraba una terrible calentura.

La sangre se agolpó á su cabeza, y una apoplejía fulminante puso fin á sus dias.

Así terminó aquel hombre ambicioso, que como otros muchos, había sacrificado á sus sueños de gloria la positiva y brillante posición que sus riquezas le permitían disfrutar en España.

Cuando el obispo Fonseca, acompañado de Petronila y de su padre, se hallaba en Sevilla esperando la llegada de un buque que condujera á su sobrina á las Indias, recibió copia de sentencia que había dictado el tribunal encargado de conocer en la querrela formulada por el padre de Cortés.

Este golpe desconcertó á Fonseca, y formó la resolución de retirarse á la vida privada.

Por entonces había llegado á Sevilla Francisco de Montejo.

Comprendiendo que el padre de su amada desistía del proyectado enlace de su hija con Velazquez, viéndole ya en desgracia, aunque ignoraba que hubiese fallecido, pidió la mano de Petronila.

El padre accedió, porque su hija le declaró que amaba á Montejo.

Este había obtenido autorización para fletar un navío y dirigirse á las Indias, como premio á los servicios que había prestado al inmortal héroe de nuestra historia.

Mientras los preparativos de la boda tenían lugar, Montejo escribió á los padres de Cortés para despedirse de ellos, y el anciano don Martín, al contestarle, le remitió una carta para que se la diera á su hijo cuando estuviese á su lado.

La boda de Francisco Montejo con Petronila se

efectuó en medio de la mayor solemnidad, y los recién casados partieron á Méjico, felices por el enlace que habían contraído, y dando gracias á Dios por el feliz término que habían tenido las intrigas que minaban la gloria de Hernan Cortés.

Capítulo XXXIII.

Hernán Cortés reparte el terreno conquistado entre sus capitanes.

El ilustre conquistador de Méjico, autorizado por la real cédula que le confirió el emperador Carlos V, reunió á sus capitanes y les repartió el terreno conquistado con arreglo á los méritos y circunstancias que concurrían en cada uno.

—Nombrado gobernador y repartidor general de la Nueva España por nuestro monarca, según los despachos que acabo de recibir,—les dijo,—tengo una viva satisfacción en recompensar los trabajos, las privaciones que habeis sufrido para ayudarme en la noble empresa que he llevado á cabo. Voy, pues, á repartir equitativamente las provincias y pueblos conquistados entre vosotros, y confío en que vuestra

conducta en lo sucesivo no me hará arrepentirme de esta determinación.

—¡Viva nuestro caudillo!—exclamaron todos con entusiasmo.

—Pero antes de proceder al reparto,—prosiguió Cortés,—voy á haceros algunas advertencias.

—Decid lo que gustéis, que nuestro mayor placer es obedeceros en todo y por todo.

—Es condición indispensable que en cada pueblo haya un clérigo ó fraile para enseñar y propagar la doctrina entre los indios.

—Es muy oportuna esa medida,—contestó uno de los oyentes,—porque varios indígenas manifiestan deseos de recibir el bautismo.

—¿Estais todos convencidos de la necesidad de la medida que os aconsejo?

—Sí,—contestaron.

—Pues bien; mañana sabrá cada cual el territorio que se adjudica. Voy á estudiar esta noche el medio de que el repartimiento sea todo lo equitativo posible, y yo espero que los que tan generosamente han despreciado la vida en los combates, no preferirán la menor queja si ven favorecido en alguna pequeña parte á cualquiera de sus compañeros.

Todos se retiraron, y á pesar de esta advertencia de Cortés, ya empezaron las ambiciones.

—Yo creo,—decía uno de los que ménos habian trabajado en la conquista,—que por medio de un sorteo debía señalarse á cada cual el pueblo que iba á dominar.

—Es absurdo lo que dices,—exclamaba otro;— la suerte es ciega, y podría resultar favorecido el que mémos título tuviese para ello.

—Nos vas hacer creer que tú sólo lo has hecho todo.

—No por cierto; pero ya que así te expresas, la verdad es que tus servicios no tienen comparacion con los míos.

—Yo no he huido la cara nunca al enemigo, y si no me he hallado en tantos combates como tú, es por que las circunstancias así lo han arreglado.

—Pues yo insisto en mi idea. Si Hernan Cortés obra en justicia, debe tener presentes los méritos de cada uno.

Uno de los que asistian aquella escena, y que por su carácter franco tenia gran influencia entre todos:

—¿Es posible,—exclamó,—que aun antes de saber lo que determinará el caudillo, hemos de estar criticando sus actos?

¿Os parece que es digno de hombres valientes, de hermanos, de compatriotas, entablar deshonrosas disputas por mezquinos intereses?

¿A caso no hemos logrado todos un galardón que vale mucho más, no hemos alcanzado inmarcesible gloria, que nada, ni nadie podrá arrebatarnos?

¿No os parece hasta una ofensa á la Providencia, que nos ha sacado con bien de tantos, peligros, ocuparnos ahora de deleznales intereses?

¿Qué más podemos desear que ver coronada por el éxito la mision que aquí nos trajo?

¿Qué mejor premio podemos apetecer que haber adquirido un nombre glorioso, que se trasmitirá de generacion en generacion, y que al pronunciarle nuestros descendientes admirarán á los que un dia, bajo el grito de ¡rey, patria y religion! se lanzaron en las procelosas aguas del mar, y sin rumbo fijo lograron asentar la planta en ignotos países, los conquistaron y difundieron en ellos la luz de la civilizacion?

Reflexionad sobre lo que os digo, y credme; acallad esas bastardas ambiciones, que pudieran amenegar el brillo de nuestra conducta.

No hubo quien se atreviese á hacer la menor observacion á estas juiciosas exhortaciones, y se restableció la calma entre todos los que las escucharon.

Pero aquella calma sólo era precursora de la tempestad que debia estallar en breve.

Cuando supieron la distribucion que habia hecho Hernan Cortés, se manifestaron de nuevo las malas pasiones.

—Yo voy á renunciar lo que me ha concedido nuestro jefe,—decia uno.—No puedo consentir verme rebajado en presencia de otros que por ningun concepto pueden compararse conmigo.

—Pues yo no te aconsejo.—exclamaba otro,—que des semejante paso. Nuestro caudillo se indignará al ver que se desprecian sus mercedes, y no alvidará jamás esta ofensa.

—Bien se vé que eres de los agraciados; de otro modo aplaudirias mi conducta.

—Vamos, que si tú tejas,—añadió otro,—no

sé qué tendría yo que hacer. El pueblo que á mí me ha tocado es de los más pobres del imperio.

—Pues ¿y el mio?—repuso uno que sentia alejarse de Méjico, porque se habia enamorado de una india;— además de estar cien leguas de la capital, carece de los alimentos más necesarios para la vida.

—Pues yo estoy contento con poder legar á mis hijos un nombre que recuerde mi permanencia en estos lugares.

Las murmuraciones continuaban y demostraban una vez más que, así como el poder conceder mercedes alaga el amor propio de los hombres, tambien es cierto que esta facultad les origina grandes disgustos y crea en su alrededor ódios y rencores, porque no es posible satisfacer las ambiciones de todos.

Hernan Cortés no tardó en saber las envidias y rivalidades que se habian despertado entre sus capitanes, y con la elocuencia que siempre desplegaba en las ocasiones solemnes, logró, aunque con trabajo, hacerles comprender la equidad y la justicia que habia presidido en la reparticion de las tierras.

El ilustre caudillo, que como ya sabemos, deseaba á toda costa convertir á la religion cristiana á todos los indios, habia pedido al emperador que le enviase algunos frailes para la conversion de los idólatras.

Tambien habia escrito á fray Francisco de los Angeles, general de los franciscanos, con igual objeto, y ofrecia dar el diezmo de los productos de aquella tierra á los que quisieran emprender la expedicion.

Se hallaba impaciente el héroe de nuestra historia por la tardanza de tan poderosos auxiliares, cuando se divisó á lo léjos una carabela.

Un instante despues saltaban trece frailes en tierra, siendo recibidos con muestras de respecto y consideracion por Cortés y por cuantos estaban á sus órdenes.
